



Introducción de la Directora Ejecutiva



En un lapso de unos pocos meses, nuestro mundo se ha transformado de una manera que ninguno de nosotros esperaba. La nueva pandemia por coronavirus desencadenó la peor crisis de salud pública en un siglo y ahora estamos viviendo la peor recesión económica desde la Gran Depresión. Con más del 90 % de los casos confirmados procedentes de zonas urbanas, las ciudades siguen siendo los epicentros de la COVID-19. En nuestro mundo rápidamente urbanizado y globalizado, el virus se ha propagado a prácticamente todos los rincones del planeta; primero, entre ciudades conectadas globalmente, y ahora, a través de la transmisión comunitaria, de la ciudad al campo.

La COVID-19 ha expuesto y exacerbado las desigualdades subyacentes en las ciudades. Los pobres son los más vulnerables y los que más probabilidades tienen de morir de la enfermedad. Los trabajadores informales que dependen de salarios diarios se han visto privados de sus medios de subsistencia. Los niños que no tienen acceso a Internet han perdido un año de educación formal. Los ancianos, que se enfrentan a riesgos y a la estigmatización, están confinados en sus hogares sin oportunidades de interacción social. Los trabajadores migrantes regresan a sus hogares después de viajes agotadores para enfrentar un futuro de pobreza. Otros están confinados en albergues con alta exposición a la enfermedad. Los grupos

minoritarios también se han visto afectados de manera desproporcionada. Las mujeres se vieron obligadas a hacer malabarismos con el cuidado y la educación de los niños y el trabajo sin tener acceso a las escuelas ni a los servicios de guardería. Los trabajadores esenciales continúan trabajando incansablemente y con gran riesgo personal para asegurar que nuestros servicios urbanos funcionen sin interrupciones. Sobre todo, la COVID-19 está revirtiendo los avances logrados en la erradicación de la pobreza y está haciendo retroceder la posibilidad de alcanzar los Objetivos de Desarrollo Sostenible por lo menos un decenio, si no más.

En medio de esta lúgubre situación, las zonas urbanas ofrecen un rayo de esperanza, ya que las ciudades y los organismos de primera línea pueden desempeñar una función fundamental para revertir esta sombría situación. El informe sobre el estado de las ciudades del mundo de 2020 sostiene que las ciudades siguen siendo esenciales en la trayectoria hacia el desarrollo sostenible. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible, y en particular el Objetivo 11, reconocen el papel transformador que pueden desempeñar las ciudades. La COVID-19 trae a colación lo eficaces y esenciales que son los gobiernos y las comunidades locales en el proceso de recuperación. La Nueva Agenda Urbana defiende el valor de la urbanización sostenible, o la forma en la que las personas que deciden hacer su vida en las ciudades pueden contribuir a la prosperidad económica, la calidad del medio ambiente, la equidad social y el fortalecimiento de las instituciones cívicas y culturales. La urbanización es primordial para los esfuerzos mundiales por reconstruir para mejorar y para la transición hacia el desarrollo sostenible.

La COVID-19 no revertirá la urbanización. El impulso primario de congregarse en ciudades y pueblos en busca de aspiraciones y una vida mejor continuará. Pero tenemos la oportunidad de hacer este proceso de aglomeración más inclusivo, con un claro enfoque en nuestro bienestar colectivo. Para aprovechar los poderes

de transformación de la urbanización hacia el desarrollo sostenible, necesitamos una planificación, una gestión y una gobernanza eficaces. También tenemos que retomar las construcciones ecológicas. El crecimiento no puede ser a expensas del medio ambiente.

En el informe sobre el estado de las ciudades del mundo de 2020 se afirma de manera convincente que las ciudades y los pueblos bien planificados, gestionados y financiados crean un valor económico, social, medioambiental y otros valores no cuantificables que pueden mejorar enormemente la calidad de vida de todos.

La urbanización puede aprovecharse para luchar contra la pobreza, la desigualdad, el desempleo, el cambio climático y otros problemas mundiales acuciantes. A ese respecto, la urbanización sostenible puede desempeñar un papel fundamental en el Decenio de Acción para acelerar el crecimiento y la prosperidad compartida a fin de avanzar en la consecución de los ODS de aquí a 2030.

Los programas mundiales proporcionan marcos amplios, multisectoriales y de múltiples interesados para desentrañar el valor inherente a la urbanización; pero, tenemos que hacer las cosas bien asegurándonos de que las ciudades estén bien planificadas, bien gestionadas y cuenten con una financiación sostenida. Para que esto ocurra, los Gobiernos nacionales deben crear un entorno propicio para que las ciudades prosperen, y las autoridades locales deben aprovechar las oportunidades que se les brindan para florecer y desarrollarse. La urbanización no debería alcanzarse a expensas del desarrollo rural. De hecho, ambos

deben ser simbióticos y mutuamente enriquecedores. El sector privado debería invertir en proyectos de desarrollo sostenible, desplegando ideas innovadoras en materia de viviendas asequibles, infraestructura y tecnologías limpias. La sociedad civil debe fortalecer las instituciones y contribuir con su capacidad de imaginación a formar parte de este proceso de transformación con un sentido renovado de apertura, participación y compromiso. Cuando todos los elementos convergentes funcionen en armonía y reciban el apoyo de instituciones y políticas adecuadas, las ciudades prosperarán y sus valores serán potenciados y compartidos por todos; y en el proceso, no se dejará atrás a nadie ni a ningún lugar.

MAIMUNAH MOHD SHARIF

Secretaria General Adjunta de las Naciones Unidas y
Directora Ejecutiva del Programa de las Naciones Unidas para los
Asentamientos Humanos (ONU-Hábitat)

